

Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Me ha amado
el signo del Corazón de Jesús
Edouard Glotin, sj

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

ME HA AMADO

EL SIGNO DEL CORAZÓN DE JESÚS. SU LUGAR EN LA EXPOSICIÓN DE LA FE	3
Prólogo a la 2ª edición	4
INTRODUCCIÓN.....	7
LA PALABRA COMO ACTO DE DIOS.....	9
EL ACTO PASCUAL COMO ACTO CENTRAL DE LA CATEQUESIS.....	10
EL SIGNO SIMBÓLICO DEL ACTO PASCUAL.....	12
EL CORAZÓN DE JESÚS COMO PLENITUD DE LA PALABRA.....	16
EL CENTRO DE MEDIACIÓN DEL ACTO DE CATEQUÉSIS	23
CONCLUSIÓN.....	27
Anexo: ESQUEMA DE HOMILÍA	29
DIOS HA SIDO ALCANZADO EN EL CORAZÓN.....	29

ME HA AMADO

EL SIGNO DEL CORAZÓN DE JESÚS SU LUGAR EN LA EXPOSICIÓN DE LA FE

Édouard Glotin, s.j.
París, 1978

La catequesis no tiene otro *objeto* que el de proclamar el plan misericordioso de Dios en el acto de la Redención; no tiene otro *mensaje* que el de transmitir la Palabra de Vida, tal como está significada en el *acto pascual*; el *Corazón herido de Jesús*, considerado como Palabra de Dios a los hombres, es el *signo central* de nuestra catequesis, porque constituye el *único símbolo* que *resume "históricamente"* el movimiento del acto pascual.

Édouard Glotin, s.j., nació en Burdeos el 17 de noviembre de 1927. Hizo sus estudios literarios y científicos en el colegio de los jesuitas. Fue militante en la J.E.C. Entró en la Compañía de Jesús el 2 de noviembre de 1944 y fue ordenado sacerdote el 30 de julio de 1958. Licenciado en teología y "es lettres". Diplomado del Instituto Catequético Internacional Lumen Vitae en Bruselas (1960-61). Su primer ministerio lo ejerció en la capellanía nacional del Movimiento Eucarístico de Jóvenes, donde contribuyó a la creación de la rama de adolescentes: los J.T.C.. Desarrolló después una función parroquial en Laval, donde promocionó en la base los comienzos de la Acción Católica especializada de jóvenes y de adultos. Actualmente (1978), es miembro de un equipo de religiosos obreros, ejerciendo él mismo durante cuatro años una profesión manual, es responsable de una parroquia popular de un barrio de Toulouse. Ligado a la comunidad carismática del Olivo, al mismo tiempo que a la Misión obrera, centra su acción pastoral sobre el nacimiento de comunidades cristianas en el mundo popular y en el Cuarto Mundo. Acaba de emprender una serie de investigaciones teológicas ligado con el Instituto Internacional del Sagrado Corazón. El librito original empleado para esta traducción, está editado en el *Secrétariat de l'Intronisation, 35 rue de Picpus, 75012 PARIS.*

Prólogo a la 2ª edición

El 16 de octubre de 1978, en la fecha en que la Iglesia celebra cada año la memoria de santa Margarita María, los cardenales eligieron para la sede de Pedro, con el nombre de Juan Pablo II, a Karol Wojtyła, obispo de Cracovia, es decir, al pastor de una diócesis que fue la primera, junto a la de Marsella, en reclamar de Roma, desde 1726, el establecimiento de una Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús¹. Discreta coincidencia que, naturalmente, se les escapó a la mayor parte de los periodistas occidentales, pero que no dejará de consolar el alma de nuestros hermanos y de nuestras hermanas de Polonia!

Es la razón de que no lamente el que se haya diferido hasta hoy la reimpresión que, ya hace varios meses, el Instituto Internacional del Corazón de Jesús quería hacer de este ensayo².

Pero como esta edición se dirige sobretudo a los lectores franceses, que se me permita subrayar sobretudo los datos coyunturales que la hacen más actual aún entre nosotros, - a saber, la orientación favorable del catolicismo francés que debe conducirle, conforme a la apreciación que aportó sobre él Pablo VI, para "profundizar y equilibrar la relación acción-contemplación" (*Réception des Evêques de l'Est de la France* (5 décembre 1977) dans *Documentation catholique*, n° 1732, p.1053)

"Profundizar y equilibrar...", ¿qué se quiere expresar con esto sino reasumir, interiorizándolas, las tensiones - que nos prueban, ciertamente, pero que son las únicas fecundas - que provoca el choque contradictorio de las antinomias? "Oración y acción": la pequeña conjunción 'Y' detecta infaliblemente el lugar de una plenitud católica de la Iglesia.

La oración se encuentra en plena renovación. Me adhiero gustoso a esta corriente³ que nada tiene de desmovilización. Cuando estaba como otros, roído por los fermentos disolventes de la crisis, Cristo me ha rehecho. Y entonces, colocado providencialmente en contacto directo con la miseria, la injusticia y la increencia en un nuevo ministerio presbiteral, vuelvo a aprender

¹ Efectivamente, el 6 mayo 1726, Mons. Constantin Szaniaeski, a quien unía un vivo lazo de amistad con las Visitandinas de Cracovia, escribió a Roma, informando al Papa Benedicto XIII que la devoción al Sagrado Corazón se estaba desarrollando rápidamente en todo el reino de Polonia. En cuanto al obispo de Marsella, Mons. Henri de Belzunce, que había remitido una petición similar, fue el primero que consagró su diócesis al Corazón de Jesús durante la peste de Marsella, en 1772. Sabiamente Roma no se dio por enterada, contribuyendo con ello a una maduración progresiva de las cosas. Finalmente fue de nuevo la nación polaca la que, gracias a una gestión conjunta del episcopado y del rey, fue la primera que recibió la concesión de la fiesta por decreto de Clemente XIII del 6 febrero 1765. Cf. PABLO VI, Carta Apostólica **Investigabiles Christi** del 6 febrero 1965 - Dicho esto, no se ha de olvidar que, desde el 20 de octubre 1672, san Juan de Eudes había obtenido de los obispos de Francia la concesión de una fiesta.

² Había sido discretamente publicado por primera vez bajo el título **Valor catequético de un signo simbólico: el Corazón herido de Jesucristo** en la revista *Lumen Vitae* (Bruselas) Otra reimpresión anglófona se realizó en el marco de los trabajos preparatorios del Directorio Catequético americano y ayudó a introducir en él felices correcciones

³ A veces calificada de "neo-mística".

cada día los pacientes discernimientos a los que el Espíritu, ocupado en cribar el grano, conduce a quienes se dan cuenta, al imperio del invierno, la silenciosa germinación de la Primavera profetizada. He visto y testifico dónde les ha conducido: aquellos que ahora saben por experiencia que hay un Espíritu Santo (Ac. 129, 1-7) son conducidos poco a poco a descubrir su Fuente oculta, el misterioso punto del brotar de las profundidades de Cristo (Jn 7, 37-39), del que se va a tratar aquí.

En cuanto a los hombres de la Acción, a los que también yo pertenezco, que no se dejen desanimar ni por el asunto tratado, ni por su aparente tecnificación y que acepten los rodeos recordando que no hay nada más práctico que una buena "teoría". Como lo vamos a ver, la del Corazón de Jesús tiene esto de excelente, el que nos hace subir derechos al origen de la dinámica cristiana: la Palabra operante de Dios. Porque si hay una lección que se deduzca del "icono" joánico del Traspasado, es el que se ha desvelado a los ojos del creyente (Jn 19, 35; 21, 27) en la actualidad histórica de nuestro Acontecimiento fundador: el Acto Pascual, en el que se enraíza toda la actividad de los discípulos de Jesús de Nazaret.

Y cuando se ha reconocido el lugar exacto en que se jugó este Acto - el Corazón escondido bajo el velo del icono - brota de inmediato una lógica. Para nosotros que, bien que mal, estamos comprometidos con todo nuestro ser, a ejemplo del Maestro, en el seno de las luchas que desgarran a nuestra sociedad, es la violencia pacífica del amor (Mt 5, 9 y 11, 12) la comadrona clandestina de la Historia. Y esta lógica entraña inmediatamente, a mi parecer, la práctica siguiente: es "en el corazón de las masas" donde el Espíritu se muestra particularmente impaciente por ver surgir estas comunidades de transparencia y de compartir donde se perfila el Porvenir absoluto del Reino. En el Cuarto Mundo, por ejemplo - en ese mundo de exclusión quizás más que en otra parte - parecen reunidas (a falta de verificación) las condiciones óptimas del retorno evangélico de los valores (Lc 6, 20), lo que por sí mismo no implicaría, por supuesto, según esta dialéctica inscrita en el Corazón de Cristo, parcialidad alguna (Mt 22, 16; Jn 2, 1) en relación con otros ambientes.

Por mi parte, en todo caso, ha sido en la vida de un barrio urbano, trabajando con mis manos, al lado de algún camarada mal-creyente, agnóstico, a veces ateo militante, donde Jesús me ha enseñado, en el día a día, a contar con su Espíritu que es capaz de suscitar soterrada (Ef 4, 9; Fil 2, 1) la obra de reconciliación universal: "No temas. Yo estoy contigo, tengo en esta ciudad un pueblo numeroso" (Ac 18, 15-16). Esta sorprendente palabra de consolación, Pablo la escuchó, con los oídos del corazón, al atardecer de una jornada en que había ejercido, en un hogar de inmigrantes arrojados de la capital (Ac 18, 2), su trabajo de tejedor, al que había vuelto para no estar a cargo de una comunidad reclutada sobretodo de entre los "abandonados" de un puerto mediterráneo (1 Co 1, 27-28)

Situando así, desde el comienzo, por legítima curiosidad del lector, el lugar desde donde hablo, Dios me libre de parecer que enrolo al "Sagrado Corazón" bajo un nuevo estandarte! Demasiados compromisos políticos del

pasado comporta este Nombre que habría merecido más miramientos. Por desgracia, estos son en parte los que nos valen actualmente, en la conciencia militante, un justo fenómeno de rechazo de lo que constituye, sin embargo, la mejor herencia de nuestra tradición popular⁴.

Una palabra también referente al acercamiento teológico, al que les convido, sobre una cuestión controvertida. Soy muy consciente de tratar, en las páginas siguientes, un tema altamente tradicional. Sin embargo, como se verá, el discurso mantenido es resueltamente "pre-figurativo", lo que quiere decir que, si tiene algún defecto, es más bien el de anticipar temerariamente el porvenir más que el transcribir servilmente cuanto subsiste del pasado. ¿No es este el estilo evangélico? En el saco del escriba - pero no con todo revuelto - se juntan lo nuevo y lo antiguo (Mt 13, 52). Si no obstante ciertas expresiones de la problemática han envejecido un poco⁵, ruego la indulgencia de fijarse en la fecha de la primera edición. (1965?).

De cualquier modo, la convicción profunda que me gustaría compartir, es la de que, *en la exposición de la fe* - de la que se preocupan actualmente obispos y catequistas⁶ - *el símbolo del Corazón traspasado de Jesús representa el difícil y exigente polo de equilibrio.*

Por esta razón, sin duda, el Espíritu de arrepentimiento y de unidad empuja hoy a todos los discípulos de Cristo - toda la posteridad de Juan, Pablo y Pedro - a volver ecuménicamente la misma mirada de fe confiada hacia Aquel que traspasaron. Y es también por el camino de esta incisión abierta, hecha en el corazón de Dios por la mano del Pagano (Jn 19, 34), por donde el Judío - yo mismo he sido testigo estos días - es llamado a volver desde su incredulidad, e injertado de nuevo sobre el Olivo verdeante del Cuerpo de Cristo (Rm 11, 23-24), a reencontrar sus verdaderas raíces. A medida que pasa el tiempo, nos aproximamos de hecho al día predicho por el profeta Zacarías:

⁴ "(La piedad popular), si está bien orientada, sobretudo por una pedagogía de evangelización, está llena de valores. Expresa una sed de Dios que solamente los sencillos y los pobres pueden conocer. Hace capaz de generosidad y de sacrificio hasta el heroísmo, tratándose de la fe. Contiene un sentido agudo de los profundos atributos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores raramente observadas en otro ambiente en el mismo grado: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desprendimiento, apertura a los otros, devoción.... Antes de nada, es necesario ser sensible a ello, saber percibir sus dimensiones interiores y sus valores indiscutibles, estar dispuesto a ayudar a superar sus peligros de desviaciones". Pablo VI, *"Exhortación apostólica sobre la evangelización"*, 8 diciembre 1975, § 48. Una de estas desviaciones sería que estas cualidades degeneren en resignación pasiva ante la injusticia. Pero la historia reciente, en diversos puntos del globo. Está ahí para probar que es en estas cualidades del alma religiosa popular donde numerosos militantes cristianos ha sacado la fuerza y la tenacidad para obrar, y muy especialmente para no dejarse abatir por los fracasos temporales de su actividad.

⁵ Así la insistencia sobre la teología "kerigmática" que en aquellos momentos marcaba muy fuerte el movimiento catequético

⁶ En su asamblea anual, los obispos de Francia debían, en octubre 1978, abrir un doble dossier del que habían pedido su constitución el año precedente: 1° El de una "Propuesta de la fe para los católicos de Francia", dossier encargado conjuntamente a la Oficina doctrinal y a la Comisión de la Enseñanza religiosa; 2° El de un nuevo texto de referencia para los manuales de catecismo.

Aquel día, derramaré sobre la casa de David
y sobre el habitante de Jerusalén
un espíritu de buena voluntad y de súplica.
Entonces mirarán hacia Mí,
a Aquel a quien traspasaron.
Celebrarán duelo por él, como por el hijo único.
Llorarán amargamente, como se llora a un primogénito...
Aquel día, una fuente brotará para la casa de David
y para los habitantes de Jerusalén
como remedio del pecado y de la impureza.
(Zac 12,10. 13,1)

Bendita sea la Madre de este Hijo, Único entre los hijos, ella que entrevió, en la hora de su duelo, el secreto de la Fuente y que, en el día de su alegría, inauguró el "culto de adoración, de acción de gracias y de amor" que, desde el origen la Iglesia ha rendido a la Humanidad traspasada del Salvador⁷! Que por su plegaria el Vino Nuevo reviente los odres viejos!

Domingo 22 octubre 1978.

En la inauguración del ministerio de Juan Pablo II

Édouard GLOTIN, s.j.

INTRODUCCIÓN

El conocimiento del Señor Jesús es un misterio de interioridad. Según la palabra de san Pablo, "el amor de Cristo sobrepasa toda ciencia" que no tiene por principio "el hombre interior" (Ef 3,18) Hay un misterio en Cristo: en él "se encuentran ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" (Col 2, 3) Ahora bien, desde la aurora de la Tradición, este polo de interioridad de la "gnosis" cristiana tiene un nombre: en la Iglesia latina, se llama "seno" o mejor "corazón" de Cristo. Fundándose en la palabra del Señor de que la Sabiduría es una fuente de agua viva que salta en su seno (Jn 7, 37) ⁸ la tradición espiritual, cada vez más, decididamente se ha colocado a la escucha del Corazón de Cristo. El contacto pastoral revela hoy un hecho: la devoción al Corazón de Cristo, a pesar de un desconocimiento de sus riquezas en ciertas esferas de la Iglesia, es una fuente de vida y de santidad para el Cuerpo místico. El amor muy interior de la humanidad de Jesús, amor extraído en una ardiente contemplación y en el contacto de la carne eucarística del Salvador, inspira realizaciones apostólicas de lo más audaces y las más ricas en porvenir. No es cosa del azar que la experiencia de los Pequeños Hermanos de Jesús

⁷ Cf. Encíclica **Haurietis Aquas**, § 48

· Ya se conoce la doble lectura tradicional de este versículo. Para algunos Padres, la fuente mana del seno del creyente, vg. Orígenes: "Aquel que cree en mí, ríos de agua viva manarán de su seno". Para otros, la fuente mana del seno de Cristo. Estos adoptan una puntuación distinta de la Vulgata: "Si alguno tiene sed, que venga a mí, y que beba, aquel que cree en mí. Como dice la Escritura: Ríos manarán de Su seno". La encíclica **Haurietis Aquas** adoptó esta puntuación (§ 2). - NT.: el autor cita aquí varios artículos de Rahner, Menard, Cortés-Quirant, Boismard.

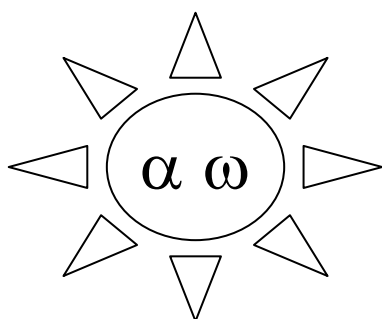
(NT. los Hermanitos de Foucauld), por no citar más que este nombre, se desarrolla totalmente bajo el signo del Corazón y de la cruz del Señor.

La catequesis se ve pues confrontada a un problema mayor. Por ser su misión abrir ampliamente a los espíritus y a los corazones el acceso a las "insondables riquezas de Cristo" (Ef 3, 8), ¿debe, para ser fiel a ello, proponer, a todas las categorías de fieles a que llega, el misterio escondido, desconcertante para la sabiduría carnal, del Corazón de Jesús?

El problema podría ser abordado de muchas otras maneras. Se podría ensayar el determinar en función de la psicología del desarrollo espiritual, un umbral a partir del cual el acceso al símbolo del Corazón de Jesús se abriera al fiel. Dejaremos de lado este intento. Efectivamente, se podría proceder aquí de otro modo. Detrás del problema psicológico, yace otro problema más fundamental, de orden teológico. *Se trata de determinar cuál sea la relación entre el signo del Corazón de Jesús con el misterio central del objeto catequético. Si se probara, de hecho, que este signo constituye como un resumen catequético de lo esencial del cristianismo, se habría puesto, por el hecho mismo, el principio de solución para la utilización pastoral del culto del Corazón de Jesús.*

Se trata, por tanto, de un trabajo de teología pastoral. La noción de Palabra está en el centro de una teoría de base de la catequesis. Nuestro problema podría enunciarse así: ¿El Corazón de Jesús es una palabra que la catequesis debe transmitir a todos los cristianos? Se ve de inmediato la cuestión de principio que se perfila en un segundo plano: ¿Esta *palabra* es bíblica? Es necesario establecer en qué sentido. *Después de haber recordado cuáles son, para la teología pastoral contemporánea, los caracteres sobresalientes de la noción cristiana de Palabra de Dios, podremos deducir de ello el objeto principal de la catequesis. Solo entonces podremos determinar la situación del Corazón de Jesús en el conjunto de la Palabra de Dios.*

Como lo indica el título de estas páginas, es de todo punto esencial anotar que cada vez que se hable del Corazón de Jesús, se trata de este *Corazón como herido*.



1. "En el comienzo era el Verbo" (Jn 1, 1)

LA PALABRA COMO ACTO DE DIOS

Desde un punto de vista catequético, el acto de fe se define como una acogida de la Palabra de Dios pronunciada en el tiempo. Esta temporalidad de la Palabra de Dios es característica del mensaje cristiano. No concebimos revelación de Dios trascendente más que a través de una historia humana de la que ha querido hacerla instrumento de nuestra salvación. Hoy se nos manifiesta claramente que esta historicidad distingue la noción cristiana de la Revelación, de aquella que dan otras grandes religiones positivas. En la tradición judeo-cristiana, el acto religioso no es un esfuerzo inútil para salir del tiempo de aquí abajo por una suerte de éxtasis del instante, sino que comporta la sumisión al tiempo, el reconocimiento de la necesaria mediación de la historia de la salvación por la revelación del Dios eterno. Esta es la razón por la que la Escritura, Palabra de Dios en la historia y sobre la historia, tiene para la catequesis valor normativo. La teología pastoral catequética se enraíza en una teología bíblica de la Palabra.

Conforme con tal teología, la irrupción de la Palabra de Dios en la historia manifiesta a un Dios que actúa. La Palabra es un acto de Dios. Este aspecto dinámico es característico de la mentalidad semítica. Según los antiguos semitas, hablar y realizar son para Dios una sola y misma cosa: en hebreo, el "dabar" designa no solo el "nombre" sino la "cosa", traída al ser por el "Dabar" divino. Cuando Dios dijo, creó: "Que se haga la luz, y la, luz se hizo" (Gen 1, 3) Al decir la luz, la vida, el amor, el Creador proyecta, por así decir, fuera de él un poco de la Luz, de la Vida, del Amor que le constituyen a él mismo.

Soberanamente activa, la Palabra es Omnipotente (Sap 18,15) y eficaz (Heb 4, 12). Su acto divino, cuando se refiere a la historia humana, la modifica y la transforma radicalmente. Manifiesta la intervención de la libertad divina. Es siempre un "comienzo absoluto". Emanada de una decisión totalmente original de Dios. El hombre no puede más que inclinarse ante la solidez y el poder de este acto absolutamente gratuito. La fe es adhesión sumisa a un querer y a un obrar inscritos en la Palabra: "Quiero darte gracias por siempre, porque has actuado: *Quia egisti*" (Sal 52,11)

Ahora bien, este acto decisivo de Dios es, bajo apariencias múltiples, esencialmente reductible a la unidad. La Escritura no es una colección cualquiera de libros sagrados. Es el Libro de Dios. Más aún, es la Palabra única de Dios, su Verbo, anunciado por los profetas, comunicado en Cristo, comentado por la Tradición. Todo el movimiento de la predicación de la Salvación, el que está en la raíz de la Escritura, ese movimiento por el que Dios se comunica a un pueblo a través de los acontecimientos innumerables de una historia sagrada, se enraíza en una iniciativa más profunda, interior a Dios, aquella en que el Padre se comunica a sí mismo en su Verbo. Habiendo decidido Dios libremente comunicarse a los hombres, se comunica todo entero. No entrega un conocimiento cualquiera de sus atributos; se entrega a

sí mismo haciéndonos el don de su Verbo en el Espíritu, ese Verbo que es la Palabra viviente (Heb 4, 12) del Dios viviente y eterno, aquella donde somos engendrados como de un germen incorruptible (I Pe 1, 23) El acto por el que Dios se comunica es único en razón de su fecunda plenitud.

2 - "Dios ha amado tanto al mundo" (Jn 3, 16)

EL ACTO PASCUAL COMO ACTO CENTRAL DE LA CATEQUESIS

Semejante concepción del misterio de la Palabra tiene una consecuencia inmediata: la catequesis no puede tener otro objeto central que este acto único en el que se resume todo lo que Dios tiene que comunicarnos.

Este acto tiene como término la persona del Verbo Encarnado. Coincide fundamentalmente con el misterio de la Encarnación. Es la "Misión" del Hijo. Cuando Dios comunica su Verbo, lo produce del secreto de su Majestad y su Epifanía ilumina nuestro mundo. Como lo anuncia proféticamente la liturgia en el tiempo de Navidad, dirigiéndose al Padre: "Cuando un silencio sereno lo envolvía todo y al mediar la noche su carrera, tu Palabra todopoderosa descendió desde el trono real..." (Sap. 18, 14-15) Este acto es por tanto una generación: "Una luz ha brillado..., un Hijo se nos ha dado" (Is 8, 1 y 5). Dios no tiene otra cosa que comunicarnos que a su Hijo, nacido de su propio seno, en un eterno silencio: en Él, nos comunica nuestra propia filiación.

Pero es necesario ver claramente que la Epifanía del Hijo no alcanza su plenitud más que con su Resurrección. Solamente entonces Cristo "procedente de la estirpe de David según la carne" es "establecido Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos" (Rom 1, 3-4) En ella es donde el acto creador, expresión de la Paternidad divina, obtiene su pleno efecto (cf. Rom 4,17) Como pensaban claramente ciertos Padres de la Iglesia, siguiendo al autor de la Carta a los Hebreos, es el día de Pascua cuando Dios dice a su Ungido: "Tu eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy" (Sal 2, 7; Heb 1, 5; Act 13, 33) Efectivamente, ese día, la humanidad de este Hijo entra en posesión de sus prerrogativas. De este modo la Resurrección del Cuerpo de Cristo nos reenvía directamente al misterio de su generación eterna. El acto por el que Dios se comunica a sí mismo en su Hijo en el Espíritu, nos es revelado en este otro acto por el que Cristo, muerto y resucitado, entra en posesión de su humanidad corporal regenerada espiritualmente, y recibe el poder de someterse el universo (I Cor 15, 28) por el poder de este mismo Espíritu. A este acto histórico, expresión del acto eterno, le llamamos hoy con el nombre de *acto pascual*.

Antes de nada, notemos que este acto, como su nombre lo insinúa, es un verdadero tránsito (paso/passage). Dios nos comunica el Señorío de su Verbo en el acto por el que le hace pasar de la muerte a la vida. El acto pascual comienza con la muerte de Cristo que se termina con la Resurrección. Abraza todo el "triduum Pasquae". También el día de Pascua el Padre dice: "Yo te he

engendrado", y no "te engendré". La Resurrección es la consumación del acto pascual. Pero el alumbramiento de este hombre nuevo comenzó en la cruz. Contrariamente a su primer nacimiento del seno de la Virgen, nacimiento profético de la gloria venidera, este "segundo nacimiento"⁹ de Cristo se operó con dolor (Jn 16, 20-21) El Dios creador manifestó la profundidad de su amor entregando a su Hijo antes de resucitarle: no es solo gratuidad que llama de la nada al ser, sino misericordia que, para dar después la vida a los muertos, ha aceptado dejar morir a su propio Hijo y no se lo reservó (Rom 8, 32)

La catequesis no puede tener otro objeto que la proclamación del designio misericordioso encerrado en este acto salvador. No puede haber allí Palabra más rica de luz, de gracia y de vida que *el acto pascual*. Dios manifiesta en él su decisión formal de dar, a pesar del pecado, un sentido nuevo a la historia. Concebido originalmente para ser la historia de una llamada, esta se convierte en la historia de una salvación. El misterio de la Encarnación redentora nos enseña más sobre Dios que el de la vocación original. Descubrimos en él en plenitud el amor de Dios y su poder: *el amor, en la muerte de su Hijo, y el poder, en la Resurrección. El acto de catequesis no tiene esencialmente otra cosa que transmitir más que la Palabra de Vida que está encerrada en el acto pascual.*

Esto es lo que enseña el espléndido exordio de la Carta a los Hebreos: "Muchas veces y de muchas formas habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por medio de un Hijo, a quien nombró heredero de todo" (Heb 1, 1-2) Después de que el Padre hizo sentarse a su Hijo a su derecha y le dio en posesión la realeza cósmica, que él se adquirió por la sangre en la cruz, Dios no tiene ya nada que decir a los hombres. La Revelación está cerrada. Resucitando a su Hijo, muerto para salvarnos, Dios ha señalado el cierre del tiempo profético y firmado el acta de nacimiento del tiempo catequético. Pedro y los Doce comienzan el anuncio del "kerigma" pascual: "Dios ha resucitado de entre los muertos a este Jesús, que vosotros habéis crucificado; nosotros somos testigos de ello" (Act 1, 32 y 35) Pablo deja presentir a sus oyentes que el misterio de la filiación divina de Cristo está contenido en la Palabra pascual (Act 13, 33) Juan, en fin, desvela a la Iglesia todo el misterio de la intimidad divina en su teología de la "Misión". Ya no le quedará otra cosa a la teología cristiana que elucidar las profundidades de la doctrina joánica y mostrar precisamente cómo el acto pascual es la Palabra en que Dios se entrega en su intimidad, ya que este nuevo nacimiento del Verbo nos introduce en el misterio de la Paternidad divina¹⁰. La "Misión" del Hijo, tal como la ha corroborado su Resurrección, es,

⁹ Durrwel, *La resurrección de Jesús, misterio de salvación*, 1ª edición, pg. 149 (el original francés)

¹⁰ Esta interpretación del misterio de la Paternidad divina, es el objeto de una teología en plena emergencia, de la que el libro de François Varillon, *La souffrance de Dieu* (Centurion 1975) ensaya - con delicadeza, aunque no siempre con el rigor teológico deseable - por delinear los contornos. Se trata de determinar en qué sentido el Padre es uno con el sufrimiento de su Hijo, por tanto con el de toda la humanidad en tanto que ella se encuentra asociada al misterio pascual. La teología del Sagrado Corazón de Jesús debería encontrar en ello un alimento de reflexión, - reflexión muy importante para desactivar lo que, en la corriente atea

según la doctrina tomista, como la terminación temporal del acto de la generación eterna. Lo mismo habría que decir mutatis mutandis de la "Misión" del Espíritu: el don pascual de la tercera persona, del que testificaron los apóstoles en la mañana de Pentecostés, rinde testimonio al acto de expiración en que se consuma el misterio trinitario. Dios nos ha comunicado su vida profunda dándonos a su Hijo en el Espíritu.

Creo que no se puede comprender nada en la catequesis joánica, si no se sabe que se refiere siempre al misterio del Verbo encarnado en la óptica de Pascua. El prólogo del Evangelio, por ejemplo, se refiere al Verbo hecho carne en su humanidad pascual, resplandeciente de la luz y de la vida del Resucitado, y la gloria de la que el Apóstol se declara testigo ocular (Jn 1 14) es la que vio en Pascua, "gloria que recibe de su Padre, como Hijo único". Lo mismo sucede con el exordio de la Primera carta: lo que Juan ha oído, visto, contemplado, palpado del Verbo de Vida (I Jn 1,1), aquello que nos anuncia para que estemos en comunión con el Padre y el Hijo, es la humanidad corporal de Cristo en la gloria de Pascua. El testimonio de Juan es siempre un testimonio que rinde a la riqueza de la gloria del acto pascual.

3.- "Uno de los soldados le atravesó el costado (Jn. 19,34)

EL SIGNO SIMBÓLICO DEL ACTO PASCUAL

Precisada de este modo la densidad del objeto central de la catequesis cristiana, estas son las tesis que estas páginas querrían proponer:

El símbolo del Corazón de Jesús es el resumen catequético del acto pascual, o para ser más explícito: El Corazón herido de Jesús, considerado como Palabra de Dios a los hombres, es el Signo central de nuestra catequesis, porque constituye el solo símbolo bíblico que resume históricamente el movimiento del acto pascual.

Si consideramos, en efecto, la rica estructura del acto pascual, aparece como fundamentalmente antitética. Pascua es un misterio de muerte y de vida, de

moderna se origina por una falsa representación de la impasibilidad divina. En respuesta, la nueva teología, para llegar a la precisión y la exactitud, no deberá olvidar que la idea de un sufrimiento de Dios con quien podemos compadecer y la imagen de un Dios que nos pide consolarle, son bienes propios de la devoción al Corazón de Jesús (cf. Encíclica **Misericordissimus Redemptor**, 8 mayo 1928). El resurgir de tal teología indica, como a menudo, la localización de un valor imprudentemente descuidado. Aquí, como en otros casos, tengo la convicción de que el Corazón de Jesús marca el polo de un equilibrio que sería peligroso romper, - por ejemplo dejando creer que la divinidad como tal puede ser alcanzada y sufrir. En todo caso, el desarrollo de esta teología ganará si tiene mayor cuenta del mensaje de Paray y del momento histórico muy importante, ratificado por la Iglesia, que representa en la evolución de la conciencia religiosa moderna. Parece, por otra parte, que la joven generación, totalmente ignorante de la historia e insensible a nuestras querellas, reencuentra el camino de Paray-le-Monial. Allí, en la práctica de la Hora Santa, tanto como por medio de la mejor de las explicaciones, algunos redescubren ya el sentido del sufrimiento de Dios.

descenso y de elevación, de inmolación y de resurrección. Comprender el acto pascual en su dinamismo profundo, es abrirse en la fe a este movimiento de "paso" de un polo al otro: es presentir este desgarrador doloroso de todo el ser, que existe en el corazón del sacrificio redentor de Jesucristo; y es al mismo tiempo, con la misma mirada contemplativa, percibir toda la fecundidad espiritual del acontecimiento salvador.

Ahora bien, el símbolo del Corazón herido de Jesús lleva inscrito en sí mismo esta estructura del acto pascual. Para descifrarlo en él, es suficiente considerarlo en su realidad de signo histórico. *Porque el signo del Corazón de Jesús, antes de ser un signo litúrgico o cultural, es muy realmente - algo no siempre bastante subrayado - un signo histórico.* Dios ha comunicado a los hombres el Corazón de su Hijo en un *acontecimiento*, el de la transfixión del costado por la lanza del soldado. Este misterio, parte integrante de la catequesis joánica, no tiene sentido, a los ojos de la fe, más que en el orden simbólico. Como los símbolos más cargados de savia religiosa, el Corazón traspasado de Jesús es un símbolo dinámico, que presenta una bipolaridad estructural: muerte y vida, radical agotamiento y fecundidad inagotable. Es un corazón muerto, y "herido" en la muerte; pero es un corazón que hace brotar, desde lo más profundo de esta muerte, *en el mismo instante en que es anonadado*, la fuente de la vida, el Agua y la Sangre, signos de resurrección. Como decía Orígenes, el Nuevo Adán, dormido sobre la cruz, "no fue como los otros muertos; si no que, *desde lo más profundo de la muerte*, manifiesta signos de vida en el agua y la sangre y de este modo fue, por decirlo así, un muerto nuevo"¹¹. Es necesario captar bien la radical novedad del acontecimiento que se cumple en el seno del antiguo sueño^{**}. Constituye uno de esos signos de gloria con que Juan se complació en cargar todo el relato de la Pasión. Este cadáver, colgado del patíbulo maldito, es ya el cuerpo del resucitado. *Juan no ve a Cristo más que en la tensión contrastada del acto pascual.*

Se ha de señalar que, en el Signo del corazón abierto, esta tensión está como llevada a su maximum. "E inmediatamente salió de él sangre y agua" (Jn 19,34): Este "inmediatamente" no es una simple cláusula de estilo. El agua y la sangre brotan en el instante mismo en que la herida se abre en la carne de Cristo sacrificado. Con la unidad histórica más estrecha, acontece una doble acción simbólica: de una parte la transfixión, que constituye el último rito de inmolación practicado sobre el verdadero Cordero pascual, misteriosamente profetizado en la prohibición de romper ninguno de sus miembros (Jn 19, 36; Ex 12, 46); por otro lado, la apertura de la fuente de agua viva, que representa la primera efusión del Espíritu en la humanidad pascual del Salvador, la primera manifestación de su triunfo espiritual (Jn 7, 38-39). Esta acción simbólica, prototipo de toda acción sacramental y litúrgica por cumplirse aún, se produjo en el centro mismo de la historia del mundo, en la Hora, en el

¹¹ ORÍGENES, *Contra Celsum*, 2, 69. Hans Urs von Balthasar ha hablado de "comienzo sin otro semejante" (*LeCoeur du Monde*, Bruges, Desclée, 1956, pg. 164)

NT. Mateos-Schoëkel, *Nuevo Testamento*, 1974, traducen la muerte de Jesús: "Y reclinando su cabeza, entregó el Espíritu" (Jn 19, 30) 'Reclinar' habla de sueño, bien distinto de 'inclinarse', y "Espíritu" no de su alma sino el E. Santo.

"Kairos" en que el Hijo 'pasa' de verdad, en su humanidad histórica, de este mundo a su Padre. Ella entrega el acto pascual, en su actualidad cronológica la más estricta, para la contemplación de nuestra fe¹².

Es posible, a la vez, discernir en el signo del agua y de la sangre todo el movimiento del acto pascual, comprendidos en él su término y su origen. Su término, es decir el Verbo encarnado: Verbum caro, glorificado en su doble naturaleza. Porque la sangre que brota del cuerpo de Jesús, simboliza, en el lenguaje bíblico, la debilidad de la carne; y el agua misteriosa, que hace salir desde las profundidades ocultas del ser "de lo alto" (Jn 3, 3-5), representa al Espíritu, la Sabiduría, la Palabra en su esencia divina¹³. La fuente que surge "del lado derecho del Templo" (Ez 47, 3), este Templo que es el cuerpo de Cristo resucitado (Jn 2, 21), se formó en realidad mucho más lejos y mucho más alto, en el seno del Padre, allí donde mora el Verbo al lado de Dios. *Simbólicamente, la lectura del Corazón herido del Salvador, conduce al origen primero del acto pascual. Ella nos conduce inmediatamente a la decisión por la que, desde toda la eternidad, la Trinidad decide la Encarnación redentora y la "Misión" del Espíritu¹⁴.*

Puede llegarse más lejos y es precisamente a lo que nos invita la devoción al Corazón de Jesús. Ya que el soldado daba su golpe de lanza para asegurarse de la muerte de Jesús, la abertura del Corazón del Salvador testifica el agotamiento total a que el amor de los hombres ha conducido al Hijo de Dios. "Llegando a Jesús, le encontraron muerto" (Jn 19, 33), muerto antes que sus compañeros, por su exceso mismo de obediencia y de amor. Se insinúa algo sobre el don entero que Cristo hizo a la obra de nuestra redención, algo sobre esta oblación que hizo "con un Espíritu Eterno" (Heb 9, 14)**. Nuestra reparación ha sido operada por un acto de la voluntad humana de Cristo. Somos en verdad rescatados en Él. Es no solamente el término y, juntamente con el Padre, el origen de todo el misterio cristiano: *Él es sobretodo el "centro"*. El acto redentor es realizado históricamente por la persona del Hijo. En él, la naturaleza humana esta asociada a la obra de su propia reparación. El acto cristiano consiste en unirse al movimiento de la voluntad de Cristo para gozar de la fecundidad del acto redentor. La participación en el acto pascual se encuentra en la unión estrecha al Corazón del Salvador¹⁵.

Para nuestros espíritus modernos, tan poco diestros en el ejercicio de una mentalidad simbólica, una tesis tan radical sobre el misterio del Corazón de Jesús, parece a primera vista desconcertante. Sin embargo, si no en el detalle, al menos para lo esencial, tengo la impresión de ser fiel al pensamiento joánico, cuando encuentro en el signo del Corazón herido, siguiendo la

¹² Cf. Más abajo, Anexo: *Dios ha sido alcanzado en el corazón*, esquema de homilía.

¹³ Cf. LEFEVRE, *La blessure du côté*, en *Etudes carmelitaines. Le Coeur*, 1950.

¹⁴ "La lanza en el brazo de Longinos llegó más lejos que el Corazón de Cristo. *Abrió a Dios*, pasó hasta el centro de la Trinidad" (Paul CLAUDEL, *L'épée et le miroir*, Gallimard, 1939, p. 216).

¹⁵ NT.- Mateos-Schöekel traducen "con decisión irrevocable", sin duda efecto en el Hijo. (Cf. Rom. 1, 4)

¹⁶ "La puerta de la Iglesia, es el Corazón traspasado de Jesús y de de amor hasta el sacrificio" (Karl RAHNER). aquellos que comparten su destino

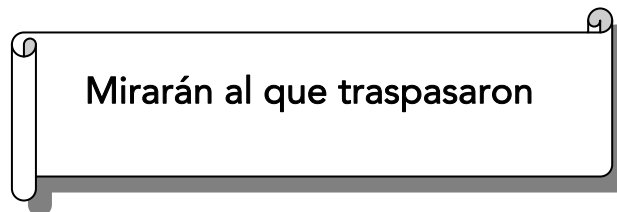
Tradición, un elemento capital de la catequesis pascual. Me parece que el Evangelista ha relatado el acontecimiento de la transfixión en términos que hacen pensar en que tenía la intención formal de inscribir en él el resumen catequético del acto pascual.

Por dos veces - en el Evangelio y en la Primera Carta - vuelve sobre el caso. En la Carta, afirma la importancia teológica del signo del agua y de la sangre: bajo este símbolo, "el Espíritu da testimonio" (I Jn 5, 6) de la filiación divina de Jesús (id. 5 y 9). En el Evangelio, Juan atesta la verdad histórica de la misma acción simbólica: "El que lo ha visto da testimonio, - un auténtico testimonio, y Él (se trata de Cristo) sabe que dice la verdad, - para que también vosotros creáis" (Jn 19,35-36a). *Este testimonio es el más solemne de todo el Evangelio.* Como el Bautista había testificado que el Hijo de Dios venía "por agua" (Jn 1, 34; I Jn 5, 6; cf. Jn 4, 1-2)** , el Evangelista atesta a su vez, y en esta apoya su testimonio con un juramento en nombre de Cristo, que Él ha venido "a través de agua y sangre" (I Jn 5, 6): "no en el agua solamente, sino en el agua y la sangre" (id.). Afirma que el acto de fe del cristiano, independientemente de todo objeto preciso, depende de este testimonio: "para que creáis" (Jn 19, 36). Se diría que se ha alcanzado una especie de cumbre de la revelación joánica. Es como si, llegado casi al término de su Evangelio, el apóstol fuera consciente de estar entregándonos *lo que considera para él el signo de los signos, aquel cuya revelación habían preparado todos los capítulos precedentes*, sensibilizándonos para ello de antemano, del que la muestra de las llagas, en el capítulo 20, será como un segundo eco. Si se considera al capítulo 21 como una añadidura, el gran Libro de los signos se cierra con esta manifestación gloriosa de las llagas, comprendida en ellas la del costado (Jn 20, 25 y 27) que Lucas no menciona. Esta muestra está ligada primero a una segunda efusión simbólica del Espíritu en el Sople (Jn 20, 20-22), después al acto de fe solemne de Tomás en presencia del Traspasado e invitado a meter su mano en su costado: "Señor mío y Dios mío" (Jn 20, 28). Es, entre todos los Evangelios, la confesión más explícita de la divinidad del Señor. Según testimonio de excelentes exegetas¹⁶, todo San Juan parece conducido como una sabia progresión hacia la revelación de este signo supremo del Resucitado, *ofreciendo a la adoración de la Iglesia el testimonio eterno del acto pascual: la llaga siempre abierta en el costado del Cordero* como inmolado (Apoc 5, 6), de donde no cesa de brotar "el río de Vida, límpido como el cristal (id. 22, 1). Todos los signos que no convergen hacia esa cumbre han sido dejados de lado como menos propios para sostener la fe en el Hijo de Dios (Jn 22, 31) : el artista que es san Juan no ha conservado sino lo que servía para la dinámica profunda de su obra: *"Mirarán a Aquel a quien han traspasado"* (Jn 19, 31) : largamente preparada, la visión del Traspasado, muerto, después resucitado, pero

- NT. El texto del Evangelio que aporta el autor, habla de Jesús que "bautiza con Espíritu Santo", excluyendo expresamente el agua. Hay que recurrir a la sabia exégesis de Mateos-Schöekel (I Jn 5, 6), **Nuevo Testamento**, 1974, pg. 1141, para penetrar el simbolismo del agua y de la sangre en Juan, así como el "agua viva" y el "Dios es Espíritu" (Jn 4, 10 y 24) en Samaria. Cf exégesis o.c. ps. 462-464.

* Así para DODD, la muestra de las llagas y la adoración de Tomás marcan el "climax" del evangelio joánico, que es para él "el Libro de los Signos"

siempre comunicando el Espíritu, es la última imagen¹⁷ que el lector se lleva consigo. Es como si, embargado él mismo por el espíritu profético del segundo Zacarías de quien invoca el testimonio (Zac 12, 14), el Evangelista invitara a toda la Iglesia a contemplar el acto redentor en su saltar (=brotar)** temporal para llegar, a través del velo de la carne de Cristo, a su fuente eterna.



4.- "Mirarán al que han traspasado" (Jn 19, 30)

EL CORAZÓN DE JESÚS COMO PLENITUD DE LA PALABRA

La demostración sumaria que acabamos de esbozar podría bastar para sostener la tesis que constituye el objeto de estas páginas: el signo histórico del Corazón de Cristo traspasado es, en una teología bíblica de estilo joánico, el resumen catequético del acto pascual.

La prueba elemental que hemos intentado, sería con certeza concluyente si no estuviera gravada, para un espíritu moderno, de una ambigüedad que ahora tratamos de hacer desaparecer.

El movimiento teológico-pastoral contemporáneo ha asumido como tarea principal la de encontrar el núcleo central del cristianismo y de extraer en toda su pureza lo que hoy día comúnmente se llama el "kerigma" primitivo. El mundo de los teólogos está de acuerdo en reconocer que este kerigma está constituido esencialmente por el misterio pascual, como manifestación del

¹⁷ Que esta pedagogía contemplativa de la "imagen" esté muy en el corazón del cuarto evangelio y que apunte al Padre a través del **acto pascual**, es lo que confirma de modo muy claro la última publicación del que permanecerá como uno de los mejores conocedores del pensamiento de san Juan: "La obra joánica es una pedagogía del "ver" espiritual, orientada hacia el "icono sagrado" del Padre, a saber, la humanidad de su Hijo encarnado resplandeciente de la gloria de "la hora" (Donatien MOLLAT, **Saint Jean, Maître spirituel**, Paris, Beauchesne, 1976, p. 90. La obra es un desarrollo del artículo "Jean l'Evangeliste", aparecido en el DICTIONNAIRE DE SPIRITUALITÉ, t, 8, col. 192-247).

Que sea justamente san Juan quien valore el "icono" del Traspasado, es lo que confiere a esa imagen un singular poder de síntesis en la exposición de la fe: "Si se recuerda que san Juan escribe el último y que toda la revelación de los dos Testamentos aboca en Él, autoriza a concluir: san Juan ha hecho del signo del Corazón traspasado la clave central de las Escrituras y el símbolo del cristianismo" (Art, cit, p. 6)

- Saltar : estallido en la superficie de un potente chorro de agua, que brota desde una oculta corriente subterránea. A esto se refirió Jesús en sus famosos textos simbólicos del agua viva (Jn 4,14 y 6, 36) N.T.

amor misericordioso de la Trinidad para el género humano pecador. De ahí a admitir que el misterio del Corazón de Jesús pueda identificarse en sustancia con el objeto mismo de la catequesis, no hay más que un paso.

Subsisten sin embargo dos dificultades:

1º ¿Por qué buscar el encerrar en un signo simbólico toda la riqueza del acto pascual? Sin duda, el signo de la transfixión es un signo histórico que bien puede, como se acaba de mostrar, condensar en sí mismo el designio de salvación del Señor. Pero, aunque es muy cierto que un tal resumen puede fundarse en la autoridad de san Juan, ¿cuál es exactamente el valor pedagógico de semejante formulación?

2º Además, hablando del signo del *Corazón* traspasado, hemos sobrepasado la terminología joánica. A nadie se le escapa que esta superación ha tenido lugar de hecho en la teología católica y que se debe a la influencia de las corrientes místicas, provenientes de la Alta Edad Media, que han conducido al nacimiento del culto litúrgico del Sagrado Corazón. Una teología que quiere recuperar la pureza del kerigma primitivo, ¿no debe obviar semejante desarrollo y darse como resumen del acto pascual el símbolo bíblico de la transfixión, rectificado y despojado de todo elemento adventicio, abandonando por tanto el símbolo del corazón, considerado como el producto de una época y la expresión de un sentimiento espiritual, para retornar a la poderosa evocación bíblica de la fuente de vida abierta en el *costado* del traspasado?

Son éstas dos cuestiones que es imposible esquivar si se quiere llegar a convencer. Examinémoslas, pues, sucesivamente. Comenzamos por la segunda.

Precisemos claramente el problema.

Para cualquiera que hoy se encuentre, aunque no sea más que un poco, comprometido en el movimiento espiritual contemporáneo, una devoción como la devoción al Corazón de Jesús, le crea problemas. Por una parte, una percepción intuitiva de su importancia histórica y de las virtualidades de santificación que contiene, inclina a numerosos cristianos a conservar para ellos mismos la práctica palpitante. Por otro lado, una sorda inquietud atraviesa el espíritu de esta piedad: si el símbolo del Corazón de Jesús no será, después de todo, más que un símbolo marginal, destinado a ceder su lugar a otras expresiones más poderosas de la devoción a Cristo! Y, aunque es evidente que la historia de los últimos siglos podría, desde el punto de vista espiritual, estar toda ella medida por la "mirabilis progressio" del culto al Corazón de Jesús, ¿hacia dónde vamos hoy? El alma moderna es consciente de comprometer, por sus orientaciones actuales, el destino del porvenir. Las consideraciones de los resultados obtenidos en el pasado, la siente menos que la del movimiento total de la historia. Si se ha de predicar a los cristianos el culto al Corazón de Jesús, no será principalmente por los admirables frutos de santidad que ya ha producido, sino porque se apoya sobre un misterio y

sobre un signo con los que se habrá probado que, desde un punto de vista teológico y espiritual, representan teóricamente una cierta plenitud de la Palabra divina que, según su dinamismo propio, es (en un cierto sentido que aún queda por determinar) imposible de superar. Dicho de otro modo, el signo del Corazón traspasado, que es un signo histórico, el signo privilegiado del acto pascual, es también un signo escatológico, cuya plenitud aumenta a medida que el tiempo catequético avanza hacia su consumación. Lo que tenemos que probar, es que el Corazón herido de Jesús es el gran signo escatológico, coextensivo en un sentido a la misión de la Iglesia y situado por delante de nosotros mucho más que por detrás, signo sometido a las leyes de un desarrollo progresivo y del que la enseñanza cristiana no ha hecho hasta hoy más que entrever la fecundidad sin haber asegurado todavía la verdadera eficacia.

Brevemente, esbochemos las líneas maestras de una teología catequética capaz de fundar una tal visión de la plenitud del signo simbólico del Corazón de Jesús.

El culto del Corazón de Jesús no es auténtico más que si el misterio de este Corazón es la expresión de la Palabra decisiva de Dios, de esta palabra brotada del corazón del Padre en el acto pascual del que su Hijo es el término. Pero importa señalar bien que no se identifica pura y simplemente con esta Palabra, al menos tal como ella está materialmente contenida en el Evangelio de san Juan. Descifrando exegéticamente el signo de la transfixión, como lo hemos intentado antes, hay que reconocer lealmente que el análisis simbólico no nos ha revelado el *corazón* físico del Redentor como elemento central de este signo. No nos ha entregado el Corazón de Jesús como formando el lugar mismo de la Palabra pascual. Una lectura, aún teológica, del texto, se para en el umbral del misterio, a menos que hagamos intervenir otra vez la consideración de la historia. Hemos examinado ésta una primera vez como lugar de enraizamiento del acto pascual; nos falta considerarla como la extensión para su desarrollo. La hora decisiva de Pascua se abre hacia la eternidad y, por esta razón, nos entrega su fuente eterna, el Verbo oculto en el seno del Padre; pero también se desborda y prolonga, por así decir, horizontalmente, sobre la totalidad de la historia. La decisión divina de salvar al hombre se esclarece por la consideración de un antes y un después. *Antes*, su realización queda preparada por múltiples intervenciones proféticas: *después*, se acaba de aclarar por la actividad del Espíritu en la Iglesia. Para limitarnos a la consideración del *después* (que constituye el tiempo propiamente catequético), todo sucede como si, en el designio de Dios, estuviera reservado a la Iglesia que articulara ella misma para los hombres la Palabra del Corazón de Jesús. Al hacer esto, lo hace bajo la moción directa del Espíritu, que la introduce en la plenitud del misterio de Cristo. Es significativo que el culto del Corazón de Jesús haya brotado del movimiento de la piedad cristiana, iluminada por una serie de revelaciones privadas. Jesús mismo, dado ahora en el Espíritu, continúa comunicándose siempre más plenamente a su Iglesia, por una serie de intervenciones existenciales al mismo tiempo que por

una iluminación interior de los corazones¹⁸. Paray-le-Monial, entre otras, se inscribe en el marco de esta lógica de la Manifestación divina

La importancia histórica, para el desarrollo de la devoción a la humanidad del Señor, de un mensaje como el de Margarita María, es incontestable. La Encíclica *Haurietis Aquas* se ha esforzado recientemente de situarla en el movimiento de la Tradición de manera rigurosa. Doctrinalmente una revelación no innova nada. Paray-le-Monial marca el momento en que la Iglesia, bajo el irresistible atractivo que ejerce sobre ella la humanidad del Salvador, toma una conciencia *reflexiva* del misterio de Corazón de Jesús, desde hace mucho tiempo vivido en amplias esferas del pueblo cristiano. La Encíclica de Pío XII considera como *una verdad teológica segura que el culto del Corazón de Jesús estaba inscrito desde los orígenes del culto cristiano en la dinámica misma de la devoción a Cristo*¹⁹. *Cuanto más decididamente se fijaba la mirada contemplativa de los santos sobre el amor, como sobre el alma misma del cristianismo, más la devoción a la humanidad corporal del salvador y a sus llagas, iba concentrándose infaliblemente sobre su corazón de carne.* Y esta interioridad creciente en el descubrimiento del misterio de Cristo, es el fruto de la actividad del Espíritu de la Verdad. Como el Señor había dicho a los Doce, estaba reservado a la tercera persona de la Trinidad el introducir a la Iglesia en la plenitud del conocimiento de la segunda: "Él tomará de lo mío para anunciároslo" (Jn 26, 14)

Una reflexión profunda sobre la "Misión" del Espíritu debería normalmente llevar a la catequesis a tomar conciencia de la importancia vital que reviste para la Iglesia de hoy el misterio del Corazón de Jesús. Efectivamente, la abertura de la fuente de vida en la carne del crucificado, quiere decir esto: es en la hora en que se acaba la "Misión" visible del Hijo, cuando comienza la "Misión" propia del Espíritu. "Tradidit Spiritum", Él entregó su Espíritu" (Jn 19, 30)²⁰. En adelante Cristo no se nos da más que en el Espíritu; inversamente, el don del Espíritu esta ligado de manera permanente a la carne de Cristo: en el régimen del Nuevo Testamento, tal como se inauguró por la muerte del Señor, no hay más comunicación del Espíritu (al menos fundamentalmente) que en el agua y en la sangre, es decir, sacramentalmente. Hay inmanencia recíproca de "Misiones" de las dos personas de la Trinidad que son enviadas: la carne de Cristo es dada en el Espíritu (cf. II Cor 5, 16), el Espíritu es dado por la carne de Cristo en la que se ha abierto la fuente espiritual de vida. Por esta razón el tiempo de la "Misión" del Espíritu es también el de la Eucaristía. Ahora bien, se conoce el lazo, histórico y litúrgico, que une estrechamente la devoción al Corazón del Señor y la devoción a la

¹⁸ Sobre la significación "existencial" de las revelaciones de Paray-le-Monial, cf. K.RANNER, en *Cor Salvatoris*, Herder, 1954 (traducción francesa: STIERLI, *Le Coeur du Sauver*, Salvator, Mulouse, p. 1956). Se trata de un artículo en esta recolección de trabajos... ¿Congreso?

¹⁹ Encíclica *Haurietis Aquas* Ed. Bonne Presse, § 47.49.

²⁰ Parece que la expresión significa de entrada la entrega libre y voluntaria que Jesús hace de su espíritu a su Padre. Pero numerosos exegetas leen en filigrana la entrega del Espíritu a la Iglesia, que va a ser simbolizada unos versículos después por la efusión del agua de la llaga del costado.

Eucaristía²¹. Una y otra se profundizan a la par mutuamente. Son dos caras del misterio de Cristo, comunicado a la Iglesia en el Espíritu. Es pues normal que el Corazón de Jesús se desvele por el mismo movimiento con que la piedad eucarística progresa purificándose y que la "Misión" del Espíritu avance hacia su consumación haciendo penetrar a la Iglesia siempre más profundamente en la plenitud del misterio cristiano. Es normal también que el mismo Espíritu se comunique siempre más a la Iglesia a medida que ella toma esta conciencia más reflexiva del misterio. Comunicándonos al Corazón de Jesús, el Espíritu se nos comunica a sí mismo como un don de este Corazón. Palabra sobre el Hijo, y también, lo hemos visto, palabra sobre el Padre que engendra al Hijo y nos lo envía, el Corazón de Jesús es además palabra sobre el Espíritu. Éste se significa siempre más como el Espíritu de amor, como la comunicación, por medio de la carne de Cristo, del corazón de Dios al corazón del hombre.

Es esta conexión del misterio del Corazón de Jesús a la misión del Espíritu lo que determina su orientación escatológica fundamental. Palabra sobre el Espíritu, el Corazón traspasado del Salvador es al mismo tiempo una palabra que revela todo el significado del tiempo de la Iglesia. Esta es la nueva Eva, sacada del costado del nuevo Adán, cuyo crecimiento prosigue hasta el fin del mundo. *Unida al movimiento histórico de la "Misión" del Espíritu en la Iglesia en marcha, la revelación del Corazón de Jesús crece con la comprensión reflexiva de este misterio. Herencia, el culto del Sagrado Corazón también es además y, aún más, promesa. No siempre se ha remarcado bastante la dimensión escatológica de las palabras del Señor a santa Margarita María, cuando ésta afirmaba que el símbolo del Corazón era un signo para los últimos tiempos. Sin duda, puede considerarse que, en su sentido más inmediato, estas palabras designen el periodo reciente de la historia de la Iglesia por oposición a la antigüedad cristiana; pero se refieren a este periodo en referencia al conjunto del tiempo de la Iglesia, que considerada en su proximidad creciente de la Parusía, constituye los "eschata", los últimos tiempos.* Una reflexión teológica (que sobrepasa el objeto de estas páginas), debería buscar establecer sólidamente en qué sentido el Corazón de Jesús podría ser comprendido como "una facultad mística de recapitulación"²² de todas las cosas en Cristo. A pesar de las apariencias, el movimiento de la historia que se opera en el tiempo de la Iglesia bajo la moción poderosa del Espíritu, se dirige infaliblemente hacia su término: la unión de todos los hombres en Cristo. La teología debería mostrar cómo el signo del Corazón de Jesús es la prenda de esta recapitulación, cómo bajo el signo del Corazón herido, garante de la inagotable fecundidad del acto pascual, el Cristo

²¹ De aquí el signo *derivado* del Corazón Eucarístico de Jesús, cuyo culto fue concedido por la Iglesia a ciertas comunidades católicas y al que se hizo referencia *secundariamente* en la Encíclica *Haurietis Aquas* (§ 71). El culto público de la Iglesia católica permanece sin embargo focalizado sobre la imagen joánica del Corazón traspasado, que aparece como englobante en relación a toda construcción simbólica compleja

²² Cf. Las confidencias de Jean Guittou a propósito del P. Teilhard de Chardin, en *Informations Catholiques internationales*, 1 enero 1960. He tratado este tema en otra parte: É. Glottin, *Coeur de Jesus et mystique cosmique*, en la revista *Prière et Vie*, Toulouse, 1963, pp. 329-340. En su libro poético *Le Coeur du monde* (op. cit.) cuyo título se inspira en Mt 12, 40, Urs von Balthasar ha ligado fuertemente este cometido de Cristo con el aspecto intimista de la devoción

resucitado no cesa de atraer a él, en una ascensión espiritual progresiva, las inteligencias y los corazones. *El Corazón de Jesús aparecería entonces como un polo de crecimiento de la Iglesia: Rey y centro de todos los corazones.* El signo del Hijo del Hombre, que aparecerá en el último día (Mat 24, 30), ¿puede ser otra cosa, en su centro el más esencial, que un signo que recapitule el movimiento histórico que empuja al Cuerpo místico hacia la consumación de todos en la unidad del Padre y del Hijo? Ahora bien, el Apocalipsis representa a Aquel que "viene escoltado por las nubes" como el Traspasado de Zacarías, sobre el que, en el momento del juicio "se lamentarán todas las razas de la tierra": "Cada uno le verá, aún aquellos que le traspasaron" (Apoc 1, 7)

Esta teología bíblica de la recapitulación, que condiciona, a nuestro parecer, todo el progreso de la teología del Corazón de Jesús, ha de ser bebida en su fuente, es decir en la doctrina paulina de las Cartas de la Cautividad. Para san Pablo, si se considera el estado final de su pensamiento, el tiempo de la Iglesia es la manifestación, por testigos escogidos, de un misterio escondido desde todos los siglos en Dios (Ef 3, 9) y realizado en el acto pascual de Cristo: "La reunión de todas las cosas bajo una sola cabeza, Cristo" (Ef 1, 10) Es la intuición genial de Pío XI y de Dom Henri Quentin, el haber escogido en el comienzo, como epístola de la fiesta renovada del Sagrado Corazón, el capítulo III de la Carta a los Efesios, sugiriendo así que un conocimiento espiritual del misterio de Cristo místico es el fruto normal de un culto esclarecido del Corazón de Jesús. Porque si la historia de la Iglesia se presenta como una interiorización creciente en el conocimiento de Cristo, es natural que el misterio paulino aparezca como siempre más estrechamente identificado al misterio del Corazón de Cristo. Uno y otro, efectivamente, si nuestro análisis simbólico del signo del Corazón herido es correcto, tienen como centro de visión la persona de Cristo en su acto pascual, es decir la muerte y la resurrección de Cristo como manifestando la intervención de Dios en la historia para reencontrar al hombre y comunicarle la vida y los bienes mesiánicos. *El misterio del Corazón de Jesús ¿es finalmente otra cosa que el misterio paulino visto como revelación y comunicación del "Agape" divino a los hombres, el misterio de Cristo místico que se da a nosotros en el Espíritu, con el fin de "llenarnos en todo de la plenitud de Dios" (Ef 3, 19)?* Como escribía Pío XII, "el Corazón de Jesús es una imagen muy clara de la plenitud universal de Dios: plenitud de misericordia, queremos decir, que es propia de la Nueva Alianza, en la que se han manifestado la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor por las almas"²³. El tiempo de la Iglesia es un tiempo de crecimiento del Cuerpo místico, en la fe y en la caridad, para realizar progresivamente el *pleroma*, es decir la entrada definitiva de los elegidos en esa plenitud de Dios, cuando "será consumado el misterio de Dios" (Apoc 10, 7).

Es muy importante considerar el tiempo catequético como ese paso de una plenitud de la Palabra a otra plenitud: de la plenitud de la Palabra *dada* en el Cristo histórico a su plenitud *manifestada* en el Cristo místico. La humanidad

²³ Encíclica *Haurietis Aquas*, Ed. Bonne Presse, § 55.

santa de Jesucristo es místicamente coextensiva a la transmisión en el tiempo de la Palabra pascual. *Pero el Espíritu hace entrar siempre más profundamente a la Iglesia en el secreto de esta humanidad. Una perla estaba escondida en el campo del cuerpo de Cristo. Es la Esposa la que, bajo la intimación del Esposo, va a producir en el gran día señalado el tesoro escondido. Un misterio estaba escondido en el Padre, y el Hijo nos lo ha revelado (Jn 1, 18); un misterio estaba también escondido en el Hijo, y es su Espíritu quien nos lo descubre. Sin duda la Revelación está cerrada. La plenitud de la Palabra fue dada con Jesucristo. Pero las generaciones no entran sino progresivamente en esta plenitud. Dios ha dicho todo en su Hijo. En el acto pascual, ha colocado la Palabra decisiva. Y sin embargo, es verdadero decir que continúa hablando en la Iglesia. Nuestra predicación cristiana no es una pura repetición de un texto inmutable. Es la interpretación viviente de este texto. Manifiesta las virtualidades ocultas, determina su centro de gravedad. Ella es la Palabra de Dios, en el sentido propio del nombre, porque ella es aún un acto por el que Dios, por la mediación de la Iglesia, proyecta hacia adelante lo que tiene en el interior. En el secreto de la humanidad de su Hijo, estaba su Corazón. El Padre nos lo ha manifestado poco a poco. El sentido de esta manifestación tiene algo de definitivo. No se puede en adelante adorar la herida del costado de Cristo sin unirse al latido de amor de su Corazón. No se puede venir a beber donde brota el agua viva y pretender ignorar su fuente interior.*

Por eso la catequesis, normalmente, se ve obligada cada vez más resueltamente a ponerse al día bajo la dependencia de este resumen simbólico del acto pascual, que constituye el Corazón herido de Jesús. Debe hacer penetrar a los cristianos hasta el centro de este signo: por la herida de la carne, hacerles llegar a la herida invisible del amor. Cada época ha tenido o tendrá su modo propio de considerar el misterio del Amor misericordioso bajo el signo de esta doble herida. El misterio fundamental no deja de ser el mismo: es imposible entrar en la plenitud del amor redentor sin una mediación corporal, carnal, física de la humanidad pascual del Salvador. Desviaciones de la piedad pueden requerir necesarias rectificaciones. Estas no tocan para nada a la esencia del misterio, sino que al contrario la resaltan en toda su pureza. Sería un error creer que el movimiento bíblico o el movimiento litúrgico entrañan una vuelta atrás de cualquier punto de la tradición mística auténtica²⁴. Conducen al contrario nuestros espíritus siempre más al centro del

²⁴ Precisamente por auténtica, esta tradición se mantiene lo más a menudo discreta, y hasta cuando se expresa en los documentos más autorizados de la Iglesia romana, por ejemplo, pasa a menudo como desapercibida. Así sucedió con la iniciativa tan poco subrayada con la que Juan XXIII, en su Carta Apostólica *Inde a primis* (1961) recomendaba que la única devoción a la Humanidad de Cristo, se expresa según un triple conjunto de relaciones, alrededor del Nombre, del Corazón y de la Sangre del Señor.

A parte de que se trataba allí, como lo subrayaba el Papa, de temas esencialmente bíblicos, la intuición merecería ser desarrollada en función de las tendencias actuales de la espiritualidad. Así, por ejemplo, conservada en Oriente en prácticas inspiradas en el *hesycasmo* como la repetición incesante de la *Plegaria de Jesús*, el uso del Nombre de Jesús, que vuelve a encontrar vigor en el ambiente espiritual occidental, podría profundizarse, precisamente como plegaria del corazón que se religa, por el rodeo de la oración contemplativa, al aspecto unificante que ofrece el Corazón traspasado del Señor. Y en la misma perspectiva de unidad de sentido espiritual, el acceso más amplio al Cáliz eucarístico ofrece una oportunidad nueva; ¿no sería éste el signo de que la "manducación" del Nombre y la mirada sobre el "icono" del

misterio de la mediación de la humanidad de Cristo, siempre más adelante en el acceso a su Corazón "por este camino que Él ha inaugurado para nosotros, reciente y viviente, a través del velo, es decir su carne" (Heb 20, 20).



5. "El Espíritu que confiesa a Jesucristo venido ya en carne mortal" (1 Jn 4, 2)

EL CENTRO DE MEDIACIÓN DEL ACTO DE CATEQUÉSIS

Se necesitaba una explicación algo extensa sobre la significación y la orientación funcional del tiempo catequético. Esperamos haber hecho entrever en qué sentido el misterio del Corazón de Jesús representa una cierta plenitud escatológica de la Palabra de Dios. De este modo se encuentra asegurado el fundamento teórico de un uso catequético del símbolo del Corazón de Jesús. *Una catequesis fiel al Espíritu, a aquel que "toma de Cristo" para anunciárnoslo, debe intentar recurrir, bajo una forma u otra, a una cierta mediación del signo del Corazón de Cristo traspasado.*

Falta por precisar el problema general de esta mediación desde el punto de vista de una pedagogía catequética de base. Hemos formulado antes la cuestión del modo siguiente: ¿Por qué buscar encerrar el acto pascual en un signo simbólico? Ahora podemos ya precisar así el problema: ¿Es necesario en catequesis pasar por la mediación física de Cristo para anunciar en plenitud el misterio del amor de la Trinidad para los hombres pecadores?

No podemos aquí más que indicar el principio de la solución. Nos parece que hay que buscarlo en el contenido de la reflexión que la catequesis ha adquirido hoy de su acto propio en su singularidad.

Corazón traspasado, están destinadas a recibir su plenitud mística en el instante de la comunión de la Sangre de Cristo, cuando los labios se acercan a la Fuente inmortal abierta en la Cruz?

Quizás hay aquí pistas ecuménicas para una investigación en común. Piénsese por ejemplo en la importancia, en la teología de la Reforma, de la Sangre de Cristo que "nos purifica de todo pecado".

A propósito de su iniciativa, Juan XXIII reveló en su diario que fue el fruto de una inspiración personal tan súbita como la que le llevó a convocar el Concilio: "Tuve repentinamente conciencia de deber inspirar la devoción a la Sangre de Cristo, como soberano Pontífice, para completar las del Nombre y del Corazón de Jesús. Este impulso interior que me ha sorprendido estos días, lo siento en mi corazón como un latir y un espíritu nuevo, una voz que me llena de generosidad y de un gran fervor" (Journal, p. 472)

El acto de catequesis es mediación de la Palabra divina. Es, supuesta la docilidad del catequista al Espíritu, el lugar de una comunión entre el corazón de Dios que se revela y el corazón del oyente que recibe la Palabra. Ahora bien, toda comunión inter-personal se funda, en el orden puramente humano como en el de la gracia, sobre el intercambio mutuo de un cierto número de signos, sobre la intercomunicación de un lenguaje simbólico que traduce el don mutuo de los corazones. En el orden natural, estos signos, que son todos de esencia social, sin embargo son intercambiados libremente según las leyes propias del don y de la acogida. En el orden sobrenatural, el centro propio del intercambio no es solo la libertad, sino también y sobretodo, la fe. Esto significa que la iniciativa del don pertenece siempre a Dios que se revela, aunque el hombre guarda, por su lado, la libre elección de su respuesta. La catequesis, que es el instrumento de la comunicación, no tiene por tanto que inventar el lenguaje, sino regirse por las leyes de la Palabra divina. Estas leyes las descubre en la Biblia y en la Liturgia. Hay una simbólica cristiana que determina la estructura del acto de la catequesis.

Se podrían reducir a tres las leyes esenciales de esta simbólica:

1° La ley de *Encarnación*: Los signos del lenguaje cristiano no son signos sensibles cualesquiera. Son una cierta participación en la eficacia del Cuerpo de Cristo. *Verbum caro*: la Palabra se ha encarnado. *Los signos más eficaces de la comunicación divina son aquellos que más profundamente participan en la corporeidad del Verbo encarnado*

2° Una ley de *interdependencia*: Ningún signo es inteligible aisladamente. Pide un contexto. Esto vale particularmente de los signos cristianos. Tomado en particular cada uno, no es comprensible más que en relación al conjunto del discurso de Dios. Y es tanto más comprensible cuanto más está relacionado con una mayor multiplicidad de signos bíblicos o litúrgicos. Se puede decir que la profundización en la fe es siempre correlativa al grado de experiencia de los signos religiosos. Catequéticamente hablando, la fe perfecta sería aquella que fuera capaz en cada instante de relacionar no importa qué signo particular con la totalidad de los signos sagrados que manifiestan el designio de salvación.

3°. Una ley de densidad interna: Existe una gradación en la escala de los signos sagrados, según su mayor o menor proximidad al centro de la inteligibilidad del misterio de salvación. Ciertos signos son marginales, otros resumen un aspecto fundamental del cristianismo. Una catequesis orgánica debe determinar un orden de signos. El criterio de clasificación será tanto histórico como teológico. Hay que hacer historia de los símbolos cristianos, determinar su orden de aparición y buscar su relación con la historia del desarrollo del dogma. El potencial sintético de cada símbolo será a continuación apreciado dependiendo de su capacidad para ordenar una serie de relaciones más complejas con la totalidad del misterio cristiano y, correlativamente, según su poder de reducir a una unidad más simple el conjunto de estas relaciones.

De estas tres leyes fundamentales de la simbólica cristiana, se pueden sacar algunas conclusiones relativas a la mediación del Corazón de Cristo en la catequesis.

En primer lugar, esta mediación ofrece garantías de eficacia. Es bíblica. El signo del corazón forma parte del lenguaje bíblico. Numerosos estudios han establecido la densidad particular de esta palabra en el vocabulario bíblico. El corazón designa en el Antiguo testamento el centro de la persona²⁵. Pero esta mediación no obtendrá su plena eficacia más que si es "física". En efecto, en el discurso cristiano, por el hecho de la ley de la Encarnación, el término semítico, cuando es aplicado a Jesucristo, se enriquece de una participación en la corporeidad del Verbo encarnado. No se tiene derecho a argumentar desde el hecho de que, en el Antiguo Testamento, la palabra corazón se refiere a Dios de manera puramente metafórica, para deducir de ello que el culto del Corazón de Cristo se dirigiría solamente al amor espiritual del Hombre Dios, con exclusión de toda relación a su corazón de carne. Bien al contrario, la eficacia de la Palabra de amor está en función del realismo de la mediación corporal. La catequesis deberá por tanto buscar bajo qué forma sensible el Corazón herido de Jesús, instrumento de la comunicación de lo divino, puede ser revelado al pueblo cristiano, y muy particularmente a los niños. Esta presentación deberá estar en acuerdo con el conjunto de las reglas de la simbólica litúrgica, y preparar, a nivel de la enseñanza religiosa, la participación sacramental en el misterio de la caridad divina, tal como se vive en la celebración eucarística.

Inversamente, sería un exceso creer que el signo del Corazón herido del Señor pueda introducir al creyente en la totalidad del misterio del amor redentor con independencia de los otros signos de la revelación. Parece que una concepción exclusivamente de estilo Paray de la devoción al Sagrado Corazón haya anteriormente llegado a ello. No se revalorizará, en todo caso, el signo del Corazón de Jesús más que si se tiene en cuenta la ley de interdependencia de los símbolos. Una lenta educación del pueblo cristiano a la simbólica bíblica, y muy especialmente a la lectura de los signos joánicos, será necesaria, antes de que la catequesis pueda asegurar toda la eficacia de la Palabra pascual bajo el signo del Corazón. Nuestros cristianos deben ser reeducados en una mentalidad simbólica. Deben reaprender a gustar el sabor de los grandes símbolos que están ligados a la abertura de la Fuente de vida en el costado del Traspasado: el Cordero, el agua, la sangre, el fuego, el Espíritu o sopro, el Árbol de la vida y el fruto, el nuevo Adán, la nueva creación, en templo del cuerpo, la Eva sacada de él. Esta iniciación reclama una pedagogía adaptada a las diferentes edades. Allí donde ha sido ensayada los resultados no han decepcionado.

Pero, mientras se elabora esta simbólica, el catequista debe mostrarse particularmente atento para preservar el equilibrio del mensaje cristiano. De donde se sigue que *no puede jamás poner entre paréntesis, aunque sea*

²⁵ Ver en particular A. GUILLAUMONT: Le sens des noms du coeur dans l'antiquité, en Le coeur. Etudes carmelitaines (1950), p. 42

provisional y hasta que sean encontradas formas de expresión más adaptadas, el signo simbólico del acto pascual, el Corazón herido de Jesús. Ciertamente no hay que abusar de ello, pero es necesario ser consciente de su particular densidad espiritual. Dado por el mismo Señor en el acontecimiento pascual, por medio del acto de la transfixión, revelado por el Espíritu, este signo merece un particular respeto. Y en este respeto, la mirada contemplativa mide mejor su riqueza: resumen del acto pascual - término, centro, fuente - portador de todo el movimiento reflexivo de la Tradición sobre el misterio de Cristo, rico de la corporeidad misma del Verbo Encarnado, *es un símbolo poderosamente sintético que asegura la rectitud de la mirada de la fe de los cristianos y la dirige muy seguramente hacia la esencia del mensaje cristiano: la decisión del amor por la que el Padre nos entrega a su Hijo en el Espíritu.* Es necesario, pues, en la catequesis, usar de él según su función propia de síntesis: en momentos decisivos, para recoger bajo la mirada del discípulo de Cristo los elementos esparcidos de una catequesis cuyo principio de unidad se encuentra en la misterio de la divina Caridad.

Un teólogo (K. Rahner) sugirió hace poco que el Corazón de Jesús constituía como el centro de mediación del acto religioso²⁶. Es imposible alcanzar perfectamente a Dios si no es por la mediación del *centro personal de Cristo*, e imposible acceder a este centro de la persona sin pasar (al menos implícitamente) por la mediación, interior a la persona misma, de su corazón corporal. Quizás se podría aplicar *mutatis mutandis* este principio al acto de catequesis. Este no alcanzará la perfección de su poder mediador del conocimiento religioso, más que si encuentra su centro espiritual en la mediación del Corazón de Cristo traspasado.

El catequista que consienta entrar resueltamente en la escuela del Corazón del Señor y de su maravilloso amor, experimentará rápidamente el beneficio. Se dará cuenta de que, *lejos de hacer de pantalla, como quizás lo temía secretamente, a la persona del Señor, el símbolo del Corazón traspasado escondido en la carne del Verbo le conduce a una comunión más íntima*²⁷. Bajo cada línea de la Escritura, de la que encontrará entonces la llave, aprenderá a leer el designio personal de amor que el Señor ha realizado en Jesús. Es efectivamente el privilegio del símbolo el connaturalizar al alma con la intención de la persona. El valor religioso del símbolo proviene de que es la lengua de la afectividad profunda. El símbolo es, dando una definición moderna, "la expresión imaginada de una intuición del espíritu, en cuyo corazón se encuentra una carga afectiva que pone en simpatía al yo con la realidad contactada"²⁸. Si esto es verdad de todo símbolo, qué decir *de un*

²⁶ En **Geist und Leben**, XXVI (1953), pp. 279.288

²⁷ Cf. ORÍGENES, Com. St. Juan, I, 22: "Hay que atreverse a decir que de todas las Escrituras, los evangelios son las primicias y que, entre los evangelios, las primicias son el de san Juan, del que nadie puede conocer el sentido si no se ha apoyado sobre el "seno" de Jesús y no ha recibido de Jesús a María por Madre. Y para ser otro Juan, hay que llegar a ser de tal modo que, lo mismo que Juan escuche ser designado por Jesús como si fuera el mismo Jesús".

²⁸ Lucien de SAINTE-MARIE, o.c.d. **Experience mystique et expresión symbolique chez Saint Jean de la Croix**, en **Études carmelitaines**, 1960 (Polarité su symbole)

símbolo capaz de expresar la inagotable riqueza de la persona del Señor: 'investigabiles divitias Christi' (Ef. 3,8) !



CONCLUSIÓN

En el curso de los recientes decenios, se han elevado voces para reclamar, al lado de la dogmática, la constitución de una teología "kerigmática". Esta teología, a decir verdad, no sería fundamentalmente distinta de la teología especulativa. Pero su esfuerzo consistiría en determinar lo esencial del mensaje cristiano en función del anuncio. Su visión sería esencialmente sintética. Se ha hablado de una suerte de "vis centripeta", que tienda a reducir a la unidad el conjunto de misterios cristianos en vistas a su presentación catequética²⁹.

Los esfuerzos intentados hasta hoy, casi todos se han centrado solamente en la idea o la esencia ideal del cristianismo. Aunque han considerado el cristianismo como una historia como un acontecimiento histórico a menudo han encerrado el contenido global de este movimiento histórico en una síntesis conceptual. No han presentado la idea revestida de ropaje simbólico. Pero esto parecía esencial en una teología del anuncio. En la Palabra misma que la resume tiene que aparecer la estructura misma del cristianismo. La religión de Jesús no puede estar encerrada más que en un signo simbólico porque es la religión del Dios encarnado.

El acto pascual es sin duda el objeto del mensaje cristiano. Resume todo el cristianismo en ese movimiento que lleva al Amor misericordioso de la Trinidad a expresarse en la humanidad pascual de Jesús. Pero esta Palabra no adquiere su verdadera resonancia más que bajo el ropaje del símbolo. Por el signo del Corazón herido, símbolo e instrumento del Amor redentor, es por el que la enseñanza cristiana se convierte en verdaderamente eficaz de lo que significa. Sin duda la catequesis no está obligada a colocarse explícitamente bajo este signo. Puede encontrar su objeto de muchas maneras. Pero una teoría de la catequesis, si es fiel en analizar la experiencia cristiana, no puede dejar de poner de relieve el valor esencial de un símbolo exhaustivo del acto pascual³⁰.

²⁹ Sobre este punto se puede consultar Édouard GLOTIN, *Le mystère du Coeur de Jésus devant la catéchèse contemporaine*, en *Sesiones de estudio, Primer Congreso Internacional sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús, Barcelona, Tibidabo, 1964*.

³⁰ Que la crítica especializada tenga muy en cuenta este párrafo. Yo digo claramente: de *un* símbolo y no *del* símbolo. Cualquiera que haya sido en efecto el privilegio acordado por el

La idea fundamental de estas páginas se encuentra, por otro lado, en un documento pontificio del que la teología catequética todavía no ha sacado todo el partido posible. Se trata de la Encíclica *Haurietis Aquas*. Esta Encíclica es más que una exposición doctrinal sobre el culto del Sagrado Corazón. Es una verdadera presentación del núcleo kerygmático de la teología cristiana. El cristianismo está en ella resumido no como un sistema abstracto, sino como una doctrina viva: el encuentro del amor divino y del amor del hombre bajo el signo del Corazón de Jesús. Este aparece como una mediación de un amor que quiere comunicarse al hombre, y como el escalón por el que el hombre puede a su vez elevarse al conocimiento de este amor. En esas páginas densas, se contiene toda la esencia del cristianismo, todo el movimiento histórico de la Revelación en lo que tiene de más fundamental, todo el desarrollo también del culto cristiano y todo el principio de la acción liberadora de la Iglesia³¹, que se encuentran resumidos. Pero todo esto está fuertemente anudado "bajo el signo...del Corazón traspasado del Redentor crucificado"³². A la hora en que hace imperiosa la exigencia de una síntesis del mensaje cristiano, a la vez coherente y accesible, ¿por qué nuestra catequesis no habría de integrar resueltamente un símbolo de tal densidad? El

Magisterio reciente al signo del Corazón traspasado, nada indica, en los documentos, una reivindicación de total exclusividad. Todo cuanto se puede decir, es que estos y muy especialmente el del centenario de la entrada de la Fiesta en el calendario universal en 1956, - no ahorran los superlativos. El símbolo del Corazón de Jesús goza, en el pensamiento de la Iglesia de un alto rango de presencia. Si no es único, ciertamente es excepcional. En la conferencia de Barcelona citada en la nota precedente, había acentuado la coincidencia entre el misterio del Corazón de Jesús y el kerygma pascual, teniendo cuidado previo de precisar de antemano la explicación de términos y de pedir una concepción evolutiva del kerygma y del misterio en cuestión, evolución homogénea que les hace en efecto converger cada vez más. Pero al sobreponer el símbolo del Corazón a la idea kerygmática de manera que podía parecer que solo les distinguía el aspecto de (más o menos) explicitación, me exponía a ver travestido mi pensamiento. Sin duda es preferible, en la situación actual de las cosas, situar la distinción según un esquema más preciso y, a pesar de continuar rehusando entre kerygma y símbolo toda relación de exterioridad mutua, establecerles al uno frente al otro en una tensión dialéctica, al modo como la esfera se relaciona con su centro. Se podría decir entonces que la pureza de la esfera kerigmática depende precisamente de la elección de su centro, que es quizás ocioso dudar en la elección, pero que el del Corazón traspasado permanece teóricamente el mejor. Brevemente, no se puede, me parece, descender por debajo del umbral de la siguiente expresión: *el símbolo del Corazón de Jesús, en el pensamiento de la Iglesia católica, es el mejor garante de la rectitud de la mirada kerigmática.* (Cf. Encíclica *Haurietis Aquas*, § 52)

» *Haurietis Aquas*, § 60 y 64-68. En la problemática y la sensibilidad de la Encíclica, se habrá de tener en cuenta evidentemente el clima preconiliar que la marca. Los párrafos que tratan de la relación *Corazón de Jesús - justicia y paz* (§ 68) están pidiendo ser retraducidos en la óptica de *Gaudium et Spes*.

» *Haurietis Aquas*. Ed. Bonne Presse, § 47. Ver sobre este punto mi introducción a la teología de la Encíclica: Édouard GLOTIN, *Le mystère du Coeur de Jésus*, en *Carnets du Sacré-Coeur*, Montreal, 1959, n° 2. P. 31-72 y n° 3, pp. 65-99. La Encíclica *Haurietis Aquas* constituye con *Mystici Corporis* y *Mediator Dei*, el último postigo de la gran trilogía cristológica de Pío XII. Pone en claro ciertos puntos de la "doctrina común de la Iglesia católica, vg. en lo que concierne al triple amor y la triple ciencia de Cristo. Cf. B. de MARGERIE, *De la science du Christ*, en *Esprit et Vie*, 1977, p. 369. Nota 1 : "¿No es ella el tratado oficial del misterio de Cristo, por el Magisterio de la Iglesia, el más profundo y el más completo después de los grandes concilios cristológicos de Calcedonia, Constatinopolitano III y Trento, justamente antes del Vaticano II"?

movimiento catequético podría recuperar en él el segundo aliento que anda buscando.

Anexo

ESQUEMA DE HOMILÍA

DIOS HA SIDO ALCANZADO EN EL CORAZÓN

"Tenían un Signo de Salvación como recordatorio del mandato de tu Ley"
(Sap 16, 6)

Preludio : La perícopa joánica de la Transfixión (Jn 19, 31-37) toca a zonas muy íntimas de la conciencia religiosa: por ejemplo, provoca casi siempre una emoción sensible en un auditorio de niños que la escuchan por primera vez. Antes de interpretarla para la asamblea, nos es indispensable rezarla nosotros mismos. (De aquí la abundancia de referencia de la Escritura en el esquema propuesto ahora). Aquí, más que nunca, se verificará la palabra de Clemente de Alejandría: "El Espíritu es la fuerza de la Palabra, como la sangre es la de la carne.

EL TEMA : Invitación a mirar hacia el Corazón traspasado del Señor, signo de salud para aquel que se vuelve hacia Él (Sap 16, 6-7; cf. Jn 3, 14-16)

A cada uno en la asamblea vamos a invitarle a una *mirada*: mirada que es la "cumbre" (Jn 19, 37) de este texto que ahora vamos a leer. En esta mirada, cada uno "descifrará" el signo de Salud que el Señor le da.

Lectura del Evangelio de San Juan: (Jesús acababa de morir).

Como era la vigilia preparatoria de la Pascua,
no se podían dejar cuerpos crucificados durante el sábado
(tanto más cuanto que ese sábado era el gran día de la Pascua)
Por eso los judíos pidieron a Pilato que quitara los cuerpos,
después de haberles quebrado las piernas.
Fueron soldados a quebrar las piernas del primero,
después del segundo de los condenados que habían crucificado con Jesús.
Cuando llegaron donde éste, viendo que ya había muerto,
no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados,
con su lanza le atravesó el costado,
e, inmediatamente, salió de él sangre y agua.
El que lo vio da testimonio, para que vosotros creáis también.
Su testimonio es verdadero: el Señor sabe que dice la verdad.
Todo esto sucedió para que se cumpliese la palabra de la Escritura que dice:

"No le quebrarán ni un solo hueso".

Y en otro pasaje dice también:

"Levantarán sus ojos hacia aquel que traspasaron".

Preámbulo : Llamada a la fe de los oyentes : Acabáis de escuchar el testimonio más solemne de toda la Biblia (Jn 19, 35; cf. 1, 34) : Juan afirma lo que ha visto "para que, vosotros también, creáis" (cf. Jn 20, 51 y comparar con Jn 20, 8b y 20, 29) Fiémonos de la palabra (Jn 20, 27) del discípulo que Jesús amaba", "el que reposó sobre su corazón (Jn 13, 23-25; 21, 20; cf. 1, 18)

Y si, como el lenguaje de su Maestro (Jn 6, 60), su lenguaje es difícil de creer, busquemos comprenderlo mejor con la luz del Espíritu (cf San Agustín: Creer para comprender, y comprender para creer).

Los que nos hemos reunido para comulgar el Cuerpo del Señor, comprendamos bien esto:

A - Juan afirma que ha visto cumplirse sobre este cuerpo de Cristo dos misteriosas profecías:

a) "*Ninguno de sus huesos será quebrado*" (Num 9, 12) De padres a hijos (Ex. 12, 26) el pueblo de Dios se había transmitido esta oscura profecía en un rito litúrgico (Ex 13, 9): preparando la cena pascual (Ex 12, 1-14), no se rompían los huesos del cordero (Ex. 12, 46).

Pero he aquí que en este día de la "Preparación de la Pascua" (Jn 19,3; cf. 19,14 y 42), el rito profético adquiere todo su sentido (Sal 33,21): *a la misma hora* en que se practicaba en cada familia judía, son los paganos los que, sin saberlo, proclaman al mundo a Jesús como el Cordero degollado (Ap 5,6) que quita el pecado del mundo (Jn 1, 29).

"Todos como ovejas, estábamos errantes, cada uno siguiendo su propio camino. Y el Señor ha hecho recaer sobre él los crímenes de todos nosotros (Is 53,ss)

b) "*Mirarán hacia aquel a quien han traspasado*; se lamentará sobre él como lo hacen por un hijo único y llorarán como se llora a un primer nacido " (Za 2, 20) Este Hijo único (Jn 3,16), se lamentaron primero su madre (Lc 7,12-13) y sus amigos (Lc 23,27; 23,49), después todo el pueblo de Dios (Za 12,11-14; cf. Lc. 23,48): es decir todas las razas de la tierra (Ap 1,7), Juan le designa ante nuestros ojos: es "Jesucristo, que nos ama y que nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre" (Ap 1,5).

Juan estaba seguro de ello: la Palabra se cumpliría. Poco a poco, todas las miradas de los creyentes convergerán hacia la imagen del Crucificado (cf. Jn 12,32). Y, a través de la llaga de su costado, la Iglesia gozosa (Jn 20,20) descubrirá el corazón de su Señor y Dios (Jn 20,28): ¡"Me ha amado y se ha entregado por mí! (Ga 2, 20); Ef 5,25).

El evangelista nos invita a levantar hacia él una mirada de arrepentimiento: esta mano del centurión (Lc 23,47) que le ha golpeado, es la nuestra. Cada uno de nosotros puede golpear su culpa (Lc 23,48).

Miremos hacia Jesús en cruz: "Ha sido traspasado a causa de nuestros pecados (Is 53,5) ¿Quién de nosotros podría dejar de confesar: "Es mi culpa" ?

B - Pero este Corazón que hemos traspasado se ha convertido para nosotros en "Signo de Salvación" (Sap 16,6)

Es un gran misterio: "El castigo que nos da la paz cae sobre él, y gracias a sus llagas es como somos curados" (Is 53,5ss).

Juan toma al Señor como testigo de que no miente - "Él sabe que digo la verdad! (Jn 19,35) : milagrosamente se ha abierto una fuente en el costado de Cristo muerto (Jn 19,33-34).

a) *Es una fuente de salvación* (cf. Is 12,3): Esta fuente en el costado derecho (Ez 47,1) del cuerpo de Jesús (Jn 2, 21), es una fuente que cura (Ez 47,12; Ap 22,2), una fuente que purifica del pecado y de la impureza (Za 13,1). Es una fuente que quita la sed a todos cuantos tienen sed (Jn 7,37); Is 55,1); Ap 22,17, una fuente convertida a través de los siglos en un río infranqueable (Ez 47,5). Es la fuente del Agua y de la Sangre (1 Jn 4,5-8): El Agua del Bautismo (Jn 3,5) y la Sangre de la Eucaristía (Jn 6,54), los sacramentos de salud (Ap 22,2; Sal 86,7). Es la fuente prometida a la mujer culpable de Samaria (Jn 4,14): la fuente de la Vida eterna (Jn 6,55). Esta fuente es el Espíritu vivificante que Cristo glorificado infunde en su Iglesia (Jn 7,39); Ap 22,1; Jn 20,20-22) y que se desborda sobre mundo.

b) *Esta fuente se nos ha abierto a pesar de nuestra ingratitud*: Desde que el golpe alcanzó a Dios en el corazón, con la celeridad del agua que surgió en el desierto (Sal 104,41; Is 48,21; Ex 20,2-13; 1 Cor 10,4), brotó la Vida: "E inmediatamente salió sangre y agua" (Jn 19,34). Es *en el mismo momento* en que golpeamos su Corazón, cuando Dios respondió "extendiendo sobre nosotros torrentes (Sal 77,16,20; Ez 47,5; Ap 24,1) de gracia y de perdón" - antiguo Prefacio; cf. Sal 41,23)

Nuestro Dios es verdaderamente un Dios de ternura y de misericordia (Ex 34, 6); Sal 85,15): "No nos trata como merecen nuestros pecados, ni nos trata según nuestras culpas" (Sal 102,10) Si creemos en su amor, podemos aproximarnos sin temor a la mesa gozosa del festín (Sal 22,5): "Que beba quien cree en mí" (Jn 7,37; Sal 41,23)

c) Elevemos pues los ojos hacia el Corazón traspasado de Jesús y que sea Él para nosotros el "Signo de salvación recordatorio del Mandato de su Ley" (Sap 16,6; Mt 32,2-3), Ese "mandamiento nuevo" del amor fraternal (Jn 1334); Rom 13,8) : porque si el Señor ha llevado tan lejos la misericordia y el perdón "que ha dado su vida por nosotros, nosotros también debemos dar nuestra

vida por nuestros hermanos (1 Jn 3,16), sin quedarnos parados, tampoco nosotros, por cualquier ingratitud.³³

Pero entonces, como el Padre "preserva los huesos" del Hijo (Sal 33,21), del mismo modo rescatará nuestra vida (id 23). Experimentaremos la alegría que hay en perder la propia vida para recuperarla (Mt 16,25): "Si el grano de trigo que cae en tierra no muere, se queda solo; pero si muere produce mucho fruto" (Jn 12,24. "Seguid el camino del amor, a ejemplo de Cristo que os ha amado y se ha entregado por vosotros" (Ef 5,2) y vuestra vida se iluminará (Ef 5,14; cf. Sal 113,8); Sal 22, 2-3).

CONCLUSIÓN: Este misterio de salvación se va a cumplir en nuestra asamblea de hoy.

Sobre el altar, la copa de salvación (Sal 115,34) va a recoger el Agua y la Sangre (1 Jn 5,5-8) : signos del Espíritu, testifican (1 Jn 5,7) que la sangre del Señor se reparte a la multitud para remisión de los pecados (Mt 26,28) y que su Cuerpo se ha entregado por nosotros totalmente (Lc 22, 19). Nos animan a levantar nuestros ojos hacia este Cuerpo: "Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Entonces cada uno de nosotros se golpeará humildemente el pecho: "Señor, no soy digno..."

Acercaremos nuestros labios a ese Cuerpo: "Quien tiene al Hijo, tiene la Vida (1 Jn 5,12). Y como Juan, cada uno se inclinará sobre el corazón de su Señor: "Me has amado y te has entregado por mi". Entonces, que el Espíritu inscriba en nuestros corazones el mandamiento viviente de la Ley: "No hay amor más grande que el de dar la Vida por sus amigos" (Jn 15,13; cf. Zac 13,6)

³³ Aquí, y en el párrafo precedente, se habrá notado cómo la noción de Paray sobre la reparación de la ingratitud hacia el Amor, encuentra su fundamento bíblico en el mismo acto pascual. Solamente en seguimiento de este camino fundamental inscrito en el signo histórico del Corazón traspasado, es como conviene volver a la escena de la Agonía de Getsemaní, específica en lo que concierne al impacto consolador de la reparación sobre Dios mismo (Lc 22,43)